

JAIME PERALTA

ESPAÑA EN TRES POETAS
HISPANOAMERICANOS: NERUDA,
GUILLÉN Y VALLEJO

PARECE inútil y aun ocioso volver hoy sobre un acontecimiento de por sí profundamente ingrato y que tantas resonancias dolorosas trae consigo, a pesar de los largos años transcurridos. Pero algunas veces no queda más remedio que abordar ciertos temas, aunque quemen las manos, decidirse desde luego a tomar el toro por las astas. Y este toro es el fantasma todavía vivo, por desgracia actuante, de la guerra civil española. La razón que se ha tenido para tomarla, aun con el riesgo de resucitar viejos odios o querellas interminables, es una razón de orden puramente estético, porque ella ha sido capaz de dar origen a tres de las más sinceras manifestaciones poéticas en tres grandes poetas hispanoamericanos de este siglo: *España en el corazón*, del chileno Pablo Neruda; *España 1937*, poema en cuatro angustias y una esperanza, del cubano Nicolás Guillén, y *España, aparta de mí este cáliz*, del peruano César Vallejo.

Mirados estos poemas con la perspectiva histórica que ya ha proporcionado el tiempo y con el necesario respeto hacia heridas que han tardado demasiado en cicatrizarse, se hará especial hincapié en lo que revelan, sin ambages ni exordios destinados a tapar un tanto la verdad, estos tres gritos desesperados. Descubren la unidad que, muy a pesar suyo en ocasiones, ata a todo el mundo hispánico en un solo haz de sentires y de afanes. Exhiben sobre todo un contenido humano de primerísima categoría, ya que si se leen con atención cada uno de estos poemas podrá apreciarse que frente a una España que se desgarró y se desangra, están también estos tres testigos del drama español, los tres venidos de distintos puntos de esa réplica de España que es Hispanoamérica, desgarrándose y desangrándose en lo más íntimo de su ser individual. La tragedia de España es algo pro-

pio, que se experimenta en la propia carne del hispanoamericano y de la cual no podría liberarse, aunque lo quisiera. España es, como dice Nicolás Guillén, en la *Angustia segunda*, la raíz de nuestros árboles.

*La raíz de mi árbol, retorcida;
la raíz de mi árbol, de tu árbol,
de todos nuestros árboles,
bebiendo sangre, húmeda de sangre,
la raíz de mi árbol, de tu árbol,
Yo la siento,
la raíz de mi árbol, de tu árbol,
de todos nuestros árboles
la siento
clavada en lo más hondo de mi tierra,
clavada allí, clavada,
arrastrándome y alzándome y hablándome,
gritándome.
La raíz de tu árbol, de mi árbol.
En mi tierra, clavada,
con clavos ya de hierro,
de pólvora, de piedra,
y floreciendo en lenguas ardorosas,
y alimentando ramas donde colgar los pájaros cansados,
y elevando sus venas, nuestras venas,
tus venas, la raíz de nuestros árboles.*

En Pablo Neruda, la guerra civil española va a tener tanta influencia, que cambiará para siempre el curso de su poesía. Desde 1938, en que publica *España en el corazón*, himno a las glorias del pueblo en la guerra, hasta hoy, Neruda es el poeta comprometido con una causa, que usa el verso como arma política. En el mismo poema, explica él el motivo de este vuelco sensacional, que de una plumada borró todo el pasado romántico de Neruda, contenido sobre todo en *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* y todo el hermetismo de la primera época, especialmente el que exhibe en las dos primeras *Residencia en la tierra*. Preguntaréis: —dice— *¿Y dónde están las lilas? / ¿Y la metafísica cubierta de amapolas? / ¿Y la lluvia que a menudo golpeaba / sus palabras llenándolas / de agujeros y pájaros?* Y luego agrega: *Preguntaréis ¿por qué su poe-*

sía / no nos habla del suelo, de las hojas/, de los grandes volcanes de su país natal? Antes había dado la respuesta rotunda, tan rotunda como un alarido: *mirad mi casa muerta, mirad España rota. Y concluye con una estrofa verdaderamente estremecedora: ¡Venid a ver la sangre por las calles, / venid a ver / la sangre por las calles, / venid a ver la sangre / por las calles!*

A su condición de hispanoamericano sacudido hasta en sus fibras más entrañables por la tragedia de la madre patria, Neruda tenía también la de ser un miembro más en esa extensa y brillante falange de artistas que desde 1927 hasta 1936 habían llevado a las letras castellanas a un renacimiento sólo comparable, si se atiende tanto al vuelo lírico de la poesía por ellos creada como el deseo de renovación que existía en todos los ámbitos, al siglo de oro español. Madrid no era una capital más en el ancho mundo de la lengua española. Codo a codo con sus hermanos de idioma, los hispanoamericanos la veían como la ciudad bullente, acogedora de hombres e ideas, que en cierta medida había desplazado en sus espíritus al París de su tradicional atracción. Por esos años desfilarán por Madrid o establecerán allí el centro de sus actividades, las más cimeras figuras de las letras hispanoamericanas. Madrid juntará entonces, a su encanto proverbial, el interés que supone el ser un mundo creador, abierto a todos los horizontes, libre. Es ese mismo mundo apasionante que con el chileno Carlos Morla Lynch encontró a su mejor cronista, en un libro íntimo, espontáneo y lleno de gracia que se llama *En España con Federico García Lorca*.

La gloria de este ambiente vendrá a destruirla sin misericordia la guerra, destrucción que se hará ante el asombro y el espanto de quienes habían tenido la ingenuidad de concebir a España como una labor común de todos sus hijos —también de los del otro lado del mar— fundada en la inteligencia y en el diálogo. Pero, de repente, un cataclismo histórico cuyas causas, razones o aun necesidad no son para discutir las aquí, hacía ver a los intelectuales su propia impotencia y les hacía caer, desde el cielo deslumbrante de su actividad superior, a una tierra dura, sin piedad, donde el hombre había vuelto a la peor animalidad y donde podían ser asesinados porque sí seres que cualquier país se hubiera enorgullecido de tenerlos. Símbolo de ese mundo anterior a la guerra y símbolo también del artista inocente que con sus ojos puros de niño morirá preguntándose el porqué y nadie sabrá jamás contestarle, es Federico García Lorca, y a él aludirán en repetidas ocasiones los poetas hispanoa-

mericanos. Por eso Neruda, en un trozo de suave evocación, describirá su vida madrileña plácida y burguesa en ese barrio de Argüelles contiguo a la Ciudad Universitaria, en la llamada casa de las flores, donde se reunía con sus amigos: / *Mi casa era llamada / la casa de las flores, porque por todas partes / estallaban geranios: era / una bella casa / con perros y chiquillos*. Enumera luego a sus amigos: *Raúl, ¿te acuerdas? / ¿Te acuerdas Rafael? / Federico, ¿te acuerdas / debajo de la tierra, / te acuerdas de mi casa con balcones en donde / la luz de junio ahogaba flores en tu boca?*

Algo imperdonable residía entonces en todo esto y el poeta no tenía otro remedio que reaccionar con la única arma que le quedaba: el canto, / *la voluntad de un canto / con explosiones, el deseo / de un canto inmenso, / de un metal que recoja / guerra y desnuda, sangre*, para emplear las mismas palabras de Neruda.

Pablo Neruda no escatimará el insulto en esta poesía inundada de pasión que es la suya. Los más negros epítetos serán dirigidos a aquellos que no militan a su lado y a los cuales culpa del desastre. Estas circunstancias que, como casi siempre, ensucian los mejores logros del poeta chileno, no restan, sin embargo, a *España en el corazón* ni un ápice de su valor; hay que mirar este poema antes que nada como testimonio violento y cruel de una época, documento empapado en lágrimas ante el hecho de esa España fusilada, de esa España que es para el poeta y para todos los que en el continente americano comparten el tesoro de la lengua, *madre natal, puño / de avena endurecida, / planeta / seco y sangriento de los héroes!* Aún ahora, cuando ya tanta agua ha corrido bajo los puentes y cuando los ecos de la guerra civil sólo se escuchan en sordina, sorprende encontrar que este poema no ha perdido su fuerza de catapulta, lanzada con rabia por Pablo Neruda a la cara de los que acusaba haber llevado a España a ese estado.

Su acusación se extiende al pasado, a esa España pobre por culpa de los ricos, *que no adelantaron a la solemne patria / el pan sino las lágrimas*. A esa España hecha para goce de algunos pocos, lo mismo que ocurre con los países hispanoamericanos; aquí está sin duda el origen del mal, la causa del desequilibrio y finalmente, la violencia del estallido guerrero que fue capaz de dejar a España en ruinas, destrozada; es el mismo mal que el poeta echará en cara a las dictaduras, a la Iglesia y a las oligarquías del continente americano, las cuales birlan donosamente al grueso de la población su posibilidad

de mejoramiento luego de producida la independencia. En los poemas contenidos en la parte que intitula *La arena traicionada*, del *Canto General* de América, Pablo Neruda expone la misma crítica social. Prescindiendo de la conocida posición marxista del poeta, no hay que olvidar que no se aleja demasiado de la auténtica verdad. En el caso de España, que es para él *España dura, país manzanar y pino*, la eterna trilogía de las castas militar, eclesiástica y oligárquica, ha impuesto al pueblo español, en su condición de señores de la península, la privación de todo. Por eso, *la pobreza era por España / como caballos llenos de humo, / como piedras caídas del / manantial de la desventura / tierras cereales sin / abrir, bodegas secretas / de azul y estaño, ovarios, puertas arcos / cerrados, profundidades / que querían parir, todo estaba guardado...*

Pero hay también en el poema una España física anterior a la hecatombe, que es recorrida amorosamente por Pablo Neruda, como si cada uno de esos pequeños pueblos que menciona los tocara con ternura con las manos: *Palma del Río, Peralta, / Granadella, Quintana / de la Serena, Atienza, Barahona, / Navalmoral, Oropesa*. Nada puede demostrar mejor el cariño que el poeta siente por España que esta larga enumeración de nombres de aldeas, que van saliendo, moduladas lenta y morosamente, como las cuentas de un rosario. Parecen las letanías rezadas a la virgen madre España, víctima en ese momento, como la madre de Cristo, de la espada que atravesó su alma y como a ésta, para que sean manifestados los pensamientos de muchos corazones, conforme al Evangelio de San Lucas.

El poeta dirá entonces:

*Cómo, hasta el llanto, hasta el alma
amo tu duro suelo, tu pan pobre,
tu pueblo pobre, cómo hasta el hondo sitio
de mi ser hay la flor perdida de tus aldeas
arrugadas, inmóviles de tiempo,
y tus campiñas minerales
extendidas en luna y en edad
y devoradas por un dios vacío.*

*Todas tus estructuras, tu animal
aislamiento junto a tu inteligencia
rodeada por las piedras abstractas del silencio,
tu áspero vino, tu suave*

*vino, tus violentas
y delicadas viñas.*

*Piedra solar, pura entre las regiones
del mundo, España recorrida
por sangres y metales, azul y victoriosa
proletaria de pétalos y balas, única
viva y soñolienta y sonora.*

Por este amor que es llanto, el poeta es capaz de todo. Y su maldición se eleva impregnando de odio cualquier lugar donde vayan los presuntos culpables del crimen de asesinato de ese ser que quiere por sobre todas las cosas, a la cual le amarra ese sutil cordón umbilical nunca roto por los pueblos hispanoamericanos. Maldice entonces, maldice siempre, maldice sin tregua, con atroces maldiciones. Es el único desahogo posible, el único consuelo. Pablo Neruda semeja en *España en el corazón* un Job sin paciencia, que impreca inútilmente a un dios en el cual no cree. Pero en todo caso, tiene fe en la gente de España, *porque de tantos cuerpos una vida invisible / se levanta. Madres, banderas, hijos! / Un solo cuerpo vivo como la vida: un rostro de ojos rotos vigila las tinieblas / con una espada llena de esperanzas terrestres.*

La esperanza surge en medio de la noche, porque el poeta confía en el hombre, en la voluntad y en el tesón del hombre para construir un mundo mejor, donde sea menos hiriente la injusticia y la solidaridad humana un hecho y no una palabra y donde el hombre sea una realidad digna de respeto y no un pretexto para cometer atrocidades en su nombre.

Si en Neruda, como buen chileno, se encuentra sólo un español más, que se mete en el drama de España con la conciencia de ser tan español como el que más, sin complejos raciales de ninguna especie, en los otros dos poetas, Nicolás Guillén y César Vallejo, la situación será diferente. Porque los tres representan, curiosamente, el mosaico racial de Hispanoamérica: predominio casi absoluto del elemento español en Neruda, sangres española y negra en el mulato Guillén y, por último, mestizaje indio y español en César Vallejo. En Neruda, el sentir a España se dará como un fruto natural, como un movimiento instintivo. En Guillén y sobre todo en César Vallejo, será todo un proceso de descubrimiento, será en un momento dado decidirse por uno de los caminos que les señala un espíritu formado por corrientes

de sangres antagónicas. En ellos triunfará finalmente España y se volcarán hacia ella, lo mismo que Neruda.

Nicolás Guillén, nacido en Camagüey, Cuba, en 1902, recogerá en su poesía primera la musicalidad que emerge y flota de la sola existencia del negro antillano, en libros de poemas como *Motivos de son* y *Sóngoro cosongo*. Se hablará mucho en esa época, en los años de 1930 y 1931 en que aparecieron, de "poesía negra". Pero la poesía de Guillén no estaba destinada sólo a explotar una rica presencia folklórica; tendía sobre todo a utilizarla como medio de lucha por la integración del negro dentro del plano nacional cubano. Por eso, como Neruda, Guillén también será un poeta comprometido, aunque sin la radicalidad y la violencia del chileno. En Nicolás Guillén su actitud se atempera en cierto modo por la dulzura de su trópico nativo. Al publicar luego en 1934 *West Indies Ltd.* y en 1937 *Cantos para soldados y sones para turistas*, su poesía ampliará su campo de acción hasta abarcar toda la ancha e inquieta zona del Caribe, de ese Mar Mediterráneo americano donde el predominio de los intereses norteamericanos crea un clima de perpetua tensión por la resistencia que ofrecen los afectados. Su poesía entonces se elevará al plano de la protesta internacional y Guillén se hará el intérprete más caracterizado de las repercusiones que tiene la actividad de Estados Unidos en los pueblos del Caribe.

Lo mismo que Pablo Neruda, al cual le une no sólo la ideología marxista que hermana a ambos, sino el ser casi de la misma edad —el poeta chileno nació en 1904—, Nicolás Guillén estuvo en España en la guerra civil y no le arredró el participar de hecho en la contienda como soldado de la república. Su canto no tiene la épica resonancia, como de tambor batiente, que ostenta *España en el corazón*; pero en todo caso mantiene un diapasón sostenido de emotividad.

El poeta ofrenda a España sus dos sangres, toda esa remota historia de esclavitud, de dolor y de mezcla de estirpes que es la historia de la isla de Cuba, igual que la del Caribe entero.

Yo.

hijo de América,

hijo de ti y de Africa,

esclavo ayer de mayores blancos dueños de látigos coléricos;

hoy esclavo de rojos yanquis azucareros y voraces;

yo chapoteando en la oscura sangre en que se mojan mis Antillas;

ahogado en el humo agriverde de los cañaverales;

*sepultado en el fango de todas las cárceles;
 cercado día y noche por insaciables bayonetas;
 perdido en las florestas ululantes de las islas crucificadas en la cruz*
 [del Trópico;
 yo, hijo de América,
 corro hacia ti, muero por ti.

Fue un acierto de Guillén el denominar *angustias* a las diversas etapas del poema. Angustia es sinónimo de aflicción, de congoja. Mientras en Neruda las palabras revientan como bombas, en el poeta cubano el lamento parece sonar como una guitarra lejana. Por otra parte, se percibe en Guillén un auténtico deseo de una entrega verdadera, sin condiciones, tanto espiritual como física, a la madre España. No hay tal en Neruda. Este último, grandilocuente, certero en el adjetivo y en la diatriba, audaz en el insulto y en el impropio, pudo ser capaz de cantar a España con sonoridad y belleza, pero siempre se mantuvo a buen recaudo de una participación directa en la lucha como lo llevó a cabo Guillén. Hay una nobleza sencilla en este descendiente de antiguos esclavos, que olvidando cualquier posible rencor de la raza humillada, se da sin pedir nada en cambio. Le dice a España con un tono íntimo, de niño que se recuesta en el regazo de su madre: *mato mi baile, y corro tras la muerte por tu vida*. En ese momento de peligro para España, el poeta del ritmo, del lánguido retorcimiento del son, de la alegría y de la tristeza de los hombres de color de las Antillas, olvida su trópico dorado y las angustias de su raza, para sólo pensar en la suerte de aquella que dio vida a su entendimiento, que logró plasmar en esa mezcla de arcillas diversas que es su carne, la visión del mundo propia del hombre europeo. Agrega así más adelante, para confirmar la ofrenda que hace:

*Las dos sangres de ti que en mí se juntan,
 vuelven a ti, pues que de ti vinieron,
 y por tus llagas fúlgidas preguntan.*

Federico García Lorca constituye la *Angustia cuarta* en el poema de Guillén. Si en el poema de Neruda su figura trágica es apenas evocada en un par de líneas, en el de Nicolás Guillén son variaciones tocadas en el tema de la ausencia definitiva del poeta granadino, conducidas conforme al estilo inimitable de García Lorca. *Salió el do-*

mingo, de noche, / salió el domingo, y no vuelve. / Llevaba en la mano un lirio, / llevaba en los ojos fiebre; / el lirio se tornó sangre, / la sangre, tornóse muerte. Toda la mágica personalidad del autor de *Bodas de sangre* y *La casa de Bernarda Alba* se expresa en este poema, con dulces acentos, como no queriendo despertar al querido dormido. Federico García Lorca es, para el hispanoamericano, la encarnación de una España recóndita, de esa España que tarda todavía en alumbrar, pero que algún día logrará surgir rompiendo la costra que la tapa; esa costra que forma una España impermeable a ciertos valores. Junto a esta última España, se erige la España de García Lorca, hecha de simple goce de vivir, de la comprensión para todo y para todos, de la inteligencia gemela del sentimiento.

Si en Neruda se halla una devoción convincente, pero en todo caso más retórica y declamatoria que efectiva; si en Nicolás Guillén esta devoción se hace práctica y combatiente, es sólo en César Vallejo, poeta peruano nacido en Santiago de Chuco, en 1892, donde esta vivencia de España revestirá caracteres de tragedia personal. De César Vallejo podrá decirse, sin ninguna exageración verbal, que murió crucificado en la cruz de España, que murió del y por el dolor de España.

Mucho más que los anteriores, Neruda y Guillén, para llegar a explicarse en toda su magnitud el quebranto sin posible remisión que el drama de España significó para César Vallejo, es preciso detenerse algunos minutos en el desarrollo de una existencia marcada en todos sus hitos por el dedo de la fatalidad. El difícil y a menudo oscuro poeta peruano va madurando a través de toda su vida una serie de conceptos que harán de él un verdadero profeta que anuncia e ilumina un mundo por venir.

*¿Un pedazo de pan, tampoco habrá ahora para mí?
ya no más he de ser lo que siempre he de ser,
pero dadme,
una piedra en qué sentarme,
pero dadme,
por favor, un pedazo de pan en qué sentarme,
pero dadme,
en español
algo, en fin, de beber, de comer, de vivir, de reposarme,
y después me iré...*

Este mendigo eterno, mendigo de amor y de consuelo que es César Vallejo, permanecerá mudo durante largos años, hasta que estalla la gran crisis española. Sólo entonces Vallejo, al asomarse al abismo de su ser y al experimentar el mal contemporáneo, se dispone a entrar en la escena que ocupa ese torbellino enloquecedor. Dan así razón de su testimonio sus *Poemas humanos* y sobre todo, *España, aparta de mí este cáliz*, y su muerte.

El mestizaje de sangre indígena y española marca con sello de fuego a César Vallejo. Fue el último hijo de los once que tuvieron don Francisco de Paula Vallejo y doña María de los Santos Mendoza, los dos naturales de Santiago de Chuco en el norte del Perú, e hijos ambos de dos sacerdotes españoles y de dos indígenas peruanas. En 1917, a la edad de sesenta y ocho años, muere su madre. Este hecho significará un verdadero trauma en la vida del poeta y se reflejará claramente en su poesía. Publica su primer libro de poemas, *Los heraldos negros*, incomprendido aun por sus más cercanos amigos. Acusado de intervenir en agitaciones políticas, es detenido y en noviembre de 1920 se registra su ingreso en la cárcel central de Trujillo. En la cárcel escribe varios de los poemas que formarán su próximo libro, *Trilce*, que publicará dos años después, luego de un período de bohemia en Lima al cual no son extraños ni el alcohol ni las drogas. La larga permanencia en la cárcel, lo mismo que la muerte de su madre, destrozará su alma. Desilusionado con el fracaso de sus libros en el Perú, Vallejo se marcha a París, en cuya ciudad inicia su vida europea con un invierno de penurias sin cuento. Son años éstos de tremenda quiebra interior y de contacto con los medios intelectuales parisienses, de sus constantes viajes a España, de su matrimonio y finalmente de su interés por las cuestiones político-sociales. También, de sus primeros encuentros con las doctrinas marxistas y con su ingreso como militante al partido comunista, luego de su viaje a la Unión Soviética y de la publicación de su libro *Rusia 1931*. Por tres veces está en Moscú. Aparece entonces su novela *Tungsteno*.

En todos estos años calla su voz de poeta. En 1936 su conmoción espiritual es honda con los sucesos que ocurren en España. Viaja de nuevo a la Península y entonces, después de un prolongado silencio poético, se produce en Vallejo el desborde lírico que es el último de sus libros, *Poemas humanos*, y específicamente una serie de estos poemas, *España, aparta de mí este cáliz*.

¡Niños del mundo
si cae España —digo, es un decir—
si cae
del cielo abajo su antebrazo que asen,
en cabestro, dos láminas terrestres;
niños, qué edad la de las sienes cóncavas!
¡qué temprano en el sol lo que os decía!
¡qué pronto en vuestro pecho el ruido anciano!
¡qué viejo vuestro 2 en el cuaderno!
¡Niños del mundo, está
la madre España con su vientre a cuestras;
está nuestra madre con su férula,
está madre y maestra,
cruz y madera, porque os dio la altura,
vértigo y división y suma, niños;
está con ella, padres procesales!

Parecido a un ciego que busca a tientas su camino porque ha perdido el bastón en que podía firmemente apoyarse, César Vallejo implora a todos los niños del mundo que no dejen caer ese indispensable sostén que es España. Ella ha sido madre y maestra, la que dio sentido y estructura al mundo de América. Todo se llenará de tinieblas si España cae, es el alma misma del mundo americano la que se pierde, habrá un vacío que el hombre tendrá que proveer para seguir subsistiendo. Por eso, *si España cae —digo, es un decir—, ¡salid, niños del mundo; id a buscarla!*

Afectado hasta lo indecible por la tragedia española, César Vallejo cayó en cama unas seis semanas antes de morir. Se le hicieron todos los análisis del caso, sin resultado alguno. Todos eran negativos. Mientras tanto, había dejado de comer completamente y la fiebre le subía hasta los 41 grados... Así se expresa la carta de uno de sus amigos. Prosigue más o menos en este tono: los médicos habían decidido, *in extremis*, hacerle una punción lumbar. No llegaron a obtener el líquido cefalorraquídeo. Cuando terminaron con la punción, César Vallejo entró en agonía. Deliraba con España. A eso de las cinco de la mañana del día 15 de abril de 1938, media hora antes de su muerte, exclamó: "España —Me voy a España—". Antes, había llamado a su madre. El último pensamiento del poeta, en el momento en que franqueaba los límites hacia la muerte, fue dedicado a

España. Murió, además, para que el simbolismo sea perfecto, un día de Viernes Santo. Murió del mal de España.

Como observa con penetración el conde de Keyserling, al sostener que el hombre americano es esencialmente taciturno, "cuando más grave es su conflicto, más retiene su voz", César Vallejo había silenciado su verso durante años, hasta que la guerra civil española lo obligó a salir de su mutismo. Compuso entonces *España, aparta de mí este cáliz*, con las mismas palabras usadas por Cristo antes de la inmolación final. El pobre poeta entró en agonía espiritual junto con España, agonía que muy pronto sería agonía física y por último muerte. Lo mismo que Cristo, tuvo terror de aceptar el cáliz de la amargura y entró en sudores de miedo, pero la aceptación vino y con ella, la crucifixión. Su conflicto interior, que soportaba todo el peso de la tragedia del hombre contemporáneo, fue imposible de resolverse en un proceso de evasión. Por eso, sólo podía solucionarlo su destrucción total, tal como España, imposibilitada de sobrepasar el desgarramiento interno.

De los tres poetas hispanoamericanos, ninguno posee la pureza angelical de César Vallejo frente al tema de España, ninguno como él puede ser señalado como el que lleva en sí el eco escondido del sentir americano y el que ha dejado también la semilla que posibilitará la aparición del hombre nuevo.

Para terminar, es indispensable referirse a un paralelo que hace el escritor Juan Larrea, entre César Vallejo y Miguel de Unamuno. Indica Larrea que, a diferencia de Unamuno, Vallejo no canta a la cruz; se embarca en la cruz redentora. Unamuno se afirma en el sacrificio de Cristo, mientras Vallejo niega el propio yo y toma la cruz que al ser humano puede hacerlo pasar a la otra orilla. Unamuno entonces es fin de mundo, al paso que Vallejo es principio del mundo nuevo. Unamuno es proyección simbólica de un mundo y de una España que mueren. Pero Vallejo, que ha renunciado de raíz a lo individual, podrá tranquilamente afirmar que *murió mi eternidad y estoy velándola*.

Sacrificios como el suyo contribuirán, por cierto, a que en un futuro imprecisable, la atroz dicotomía Caín-Abel que ha caracterizado la historia moderna, no sólo de España, sino de todos los pueblos hispánicos, sea superada. No hay que olvidar que esa tensión que cada cual lleva en el alma, ese conflicto que la divide en dos, se exterioriza y se hace odio al hermano en la guerra civil, de tal manera que al

matar al hermano sólo se mata a aquel contrario dentro de sí mismo que el hombre hispánico odia. Cuando este complejo síquico sea en España y en América sólo una noción remota de épocas idas, cuando cada uno tome, como Vallejo, la cruz propia y la cruz del hermano, negándose a sí mismo, sólo entonces brillará la luz en medio de las tinieblas.